

Lizarrako, el pacto que lo cambió todo

IVÁN
ORIO

iorio@elcorreo.com

PNV y EA firmaron hace veinte años un acuerdo con la izquierda abertzale para avanzar hacia la independencia a cambio de una tregua indefinida de ETA

BILBAO. El Pacto de Lizarrako, del que el miércoles se cumplen veinte años, supuso un antes y un después en Euskadi. Acabó con el Acuerdo de Ajuria Enea, el primer gran hito de la unidad democrática frente al terrorismo, promovió la negociación política como vía para acabar con la violencia, fomentó el soberanismo como hilo conductor y desembocó en una fractura social entre nacionalistas y constitucionalistas de la que costó mucho tiempo sobreponerse.

PNV, EA e IU suscribieron el 12 de septiembre de 1998 un documento con Herri Batasuna y otras 19 organizaciones en el que se proponía una negociación política sin condiciones, sin límites y sin exclusiones, en un marco de «ausencia permanente de todas las expresiones de violencia del conflicto». Lo que no figuraba en aquel texto era el compromiso adquirido con ETA para que la banda silenciara las armas y los socios de Lizarrako tuvieran así vía libre en su objetivo de avanzar hacia la «construcción nacional». La organización decretó una tregua indefinida a los cuatro días del alumbramiento de la alianza.

El viaje al municipio navarro que bautizó el pacto hace dos décadas



Los firmantes del pacto, al término del acto en la Casa de Cultura de Estella. :: EFE

había empezado más de tres años antes, cuando las centrales ELA y LAB, menos encorsetadas que los partidos por la necesidad de estos últimos de promover consensos en las diferentes instituciones, promovieron una unidad de acción al considerar finiquitado el modelo autonómico. «El Estatuto ha muerto», proclamó José Elorrieta en un acto en Gernika. Mientras los sindicatos abertzales apuntaban su proyecto, el PNV –de la mano de Joseba Egibar, Gorka Agirre y Juan María Ollora– y Eusko Alkartasuna aprovecharon la conferencia de paz organizada en marzo de 1995 en el hotel

Carlton de Bilbao por Elkarri, la plataforma liderada en aquel momento por Jonan Fernández, para defender la necesidad de profundizar en la autodeterminación como un eventual camino hacia la pacificación. Ambas fuerzas asumían el «carácter político del conflicto».

La reacción social al secuestro y asesinato del concejal del PP de Erma Miguel Ángel Blanco en julio de 1997 supuso un freno transitorio al trabajo soberanista entre bambalinas tanto de los jeltzales como de la propia izquierda abertzale, descolocados por la magnitud de la respuesta de los ciudadanos. Tuvo que

transcurrir un tiempo antes de reabrir la cocina en la que se elaboró la receta de Lizarrako, con la 'ponencia Oldartzen' –«la socialización del sufrimiento»– en pleno apogeo y con un último intento del lehendakari José Antonio Ardanza de salvar un Pacto de Ajuria Enea herido de muerte. La segunda mitad de 1998 fue vertiginosa, con acontecimientos y atentados que convirtieron Euskadi en una montaña rusa social y política que tuvo otro punto de flexión en la decisión del PSE de romper su acuerdo de gobierno con el PNV y EA por sus pronunciamientos públicos e iniciativas en favor

de la autodeterminación. Aquella fractura abrió una larga temporada de divorcio y desconfianza entre nacionalistas y socialistas, habituales socios (hoy vuelven a serlo) en el Ejecutivo de Vitoria.

Reunión secreta con ETA

A mediados de julio de aquel año dirigentes peneuvistas y de EA se reunieron en secreto con ETA. Dos semanas después recibieron un documento con un «acuerdo básico» en el que se apostaba por crear una ins-

Juan María Ollora
PNV

«No era un camino hacia la independencia»

Juan María Ollora fue uno de los principales inspiradores del Pacto de Lizarrako en el seno del PNV junto a Joseba Egibar y Gorka Agirre. En su opinión, fueron principalmente dos factores los que llevaron a su partido a «moverse» para tratar de sentar las bases que después cristalizaron en la firma del acuerdo. El primero, en 1992, cuando los jeltzales detectan un «bloqueo» en el traspaso de competencias y empiezan a asumir que el modelo estatutario es una «vía agotada». El segundo, cuando



do entienden que el Pacto de Ajuria Enea «no da más de sí» después del «portazo» de socialistas y populares al denominado plan Ardanza. Era marzo de 1998 y los peneuvistas, recuerda Ollora, abren conversaciones con la izquierda abertzale para intentar buscar otras alternativas. El ambiente internacional, subraya, era propicio para la búsqueda de eventuales soluciones, sobre todo tras los acuerdos de paz en Irlanda. El exdirigente peneuvista defiende el Pacto de Lizarrako como un intento de avanzar hacia la pacificación. «No era un camino a la independencia», subraya. No salió bien, dice, «porque fuimos ingenuos, amateurs», al pensar que tanto populares como socialistas darían pasos para tratar de buscar consensos.

Rafa Díez Usabiaga
Sortu y antes líder de LAB

«LAB y ELA fueron los sherpas de Lizarrako»

Rafa Díez Usabiaga lideraba hace veinte años el sindicato LAB, también firmante del Pacto de Lizarrako. Hoy en las filas de Sortu, echa la vista atrás y asegura que la unidad de acción iniciada a mediados de los 90 por la central que dirigió y ELA sirvió de cuña para que luego se sumaran los partidos nacionalistas al debate sobre la necesidad de avanzar hacia un nuevo marco político. «LAB y ELA fueron los sherpas de Lizarrako», afirma. Díez Usabiaga pone en valor el legado de aquel



acuerdo, se niega a hablar de fracaso y lo califica como una «oportunidad perdida». La «falta de liderazgo político» para avanzar hacia una «confrontación democrática» y la ausencia de una hoja de ruta clara una vez que Lizarrako echó a andar son los dos factores que explicarían el freno a su desarrollo. «Pero su huella es evidente», insiste. El dirigente de Sortu la encuentra, por ejemplo, en el espíritu del plan Ibarretxe y en la asunción «ya natural de algunas formaciones de apostar por el derecho a decidir. Sostiene además que muchos de los «condicionantes» políticos, ambientales y sociales de hace veinte años hoy están superados. Prueba de ello, dice, son las bases acordadas para la reforma del Estatuto.

Rafael Larreina
Eusko Alkartasuna

«Se generó ilusión en la sociedad, pero faltó pedagogía»

Rafael Larreina integraba la dirección de EA cuando se firmó el Pacto de Lizarrako. De fiende que fue un intento de buscar la paz, que no se suscribió «contra nadie» y que la ruptura de la tregua fue un golpe «muy duro». Subraya que el acuerdo generó «ilusión» en la sociedad, pero admite que faltó «pedagogía» para explicarlo. Sirvió, añade, para que sectores del MLNV asumieran «para siempre» que había que poner fin a la violencia.



titud común en Euskadi, Navarra y el País Vasco francés (Udalbiltza). Ambas formaciones se comprometieron a romper sus acuerdos «con los partidos que tienen como objetivo la construcción de España y la destrucción de Euskal Herria» y a sellar alianzas con las fuerzas abertzales. La banda terrorista, a cambio, anunciará un alto el fuego de carácter ilimitado –finalmente se prolongó durante catorce meses–. Los papeles son tres copias en color verde (ETA), azul oscuro (PNV) y celeste (EA). Cada organización debía estampar su sello en ellas –el de la organización armada ya figuraba– si aceptaba el contenido. Los dos partidos ponen el suyo, pero añaden especificaciones al dorso. Básicamente, la necesidad de negociar los ritmos de la construcción nacional; dejar la puerta abierta a acuerdos con los no nacionalistas si así lo exige la gobernabilidad y el respeto a los derechos humanos.

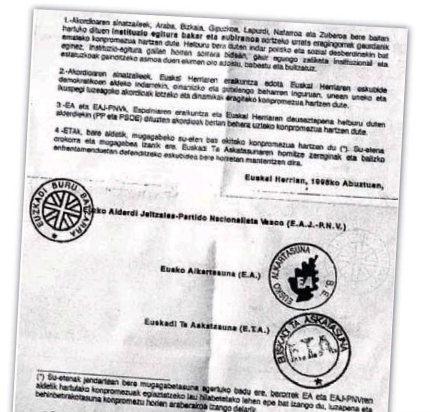
El 12 de septiembre de 1998, PNV, EA, IU y HB se sirven del denominado foro de Irlanda, promovido por la izquierda abertzale, para escenificar su proyecto. Lo leyeron en castellano el jeltzale Joseba Egibar y José Ferrera, de Izquierda Unida. En euskera lo hicieron Arnaldo Otegi (Herri Batasuna) y Rafael Larreina (Eusko Alkartasuna). Tanto este último como Ollora, del PNV, definen hoy en día aquel documento como una propuesta de pacificación, «no como una vía hacia la independencia», y niegan su peso frente a todo lo contrario que socialistas y populares. Ramón Jáuregui lo califica como un «gravísimo error» y Jaime Mayor Oreja, entonces ministro del Interior, sostiene que supuso un hito histórico porque los peneuvistas «abrazaron la ruptura» como contrapartida al silencio de las armas por parte de ETA. Para Javier Madrazo, el pacto buscaba escenarios de diálogo en una época muy agitada, mientras que para Rafa Díez Usabiega, hoy en Urdet y líder entonces de LAB, la firma del acuerdo culminaba el proceso iniciado tiempo antes por su sindicato y ELA.

La maquinaria política ya estaba en marcha, con el Pacto de Ajuria Enea desahuciado, el acuerdo de gobierno con el PSE roto y las conver-



El contexto
El pacto se firmó en la Casa de Cultura de Estella el 12 de septiembre de 1998

Consecuencias
Desembocó en una fractura social de la que costó mucho tiempo sobreponerse



siones entre las fuerzas soberanistas a pleno rendimiento. El alto el fuego indefinido, la «tregua trampa», según Mayor Oreja, llegó 96 horas después y a las puertas de unas nuevas elecciones autonómicas. La era Ardanza concluía, el PNV presenta como candidato a Juan José Ibarretxe y Herri Batasuna concurre a los comicios como Euskal Herriarrok al sumar a sus siglas a varias plataformas soberanistas. Lizarra tuvo un papel determinante en la cita con las urnas, tanto en los resultados como en la configuración de la legislatura. Los jeltzales obtuvieron 21 escaños; el PP, 16; EH, 14; PSE, 14; Eusko Alkartasuna, 6; IU, 2 y Unidad Alavesa, otros 2. Los peneuvistas abren conversaciones con los socialistas, que las consideran una «pantomima» para guardar las apariencias porque los planteamientos eran en su opinión inasumibles. PNV y EA suscriben un acuerdo de legitimación con Euskal Herriarrok, «un formidable activo para la paz», según Ibarretxe.

A pesar de sus reticencias y de rechazar de plano el espíritu de Lizarra, el Gobierno de José María Az-

EL ESPÍRITU DEL PACTO

► **Identificación.** El contencioso vasco es un conflicto histórico de origen y naturaleza política en el que se ven implicados el Estado español y el francés. Su resolución debe ser política. Siendo distintas las concepciones que existen sobre la raíz y permanencia del conflicto, expresadas en la territorialidad, el sujeto de decisión y la soberanía política, éstos se constituyen en el núcleo de cuestiones fundamentales a resolver.

► **Método.** La resolución política sólo puede plasmarse a través de un proceso de diálogo y negociación abierto, sin exclusiones respecto de los agentes implicados y con la intervención de la sociedad vasca en su conjunto.

► **Proceso.** El proceso de negociación y resolución (...) se realizaría en unas condiciones de ausencia permanente de todas las expresiones de violencia del conflicto.

nar entiende que debe hacer un gesto para sondear a ETA y calibrar sus intenciones. Con la violencia callejera al alza y EH como sostén del Ejecutivo vasco, una delegación de La Moncloa –Javier Zarzalejos, Ricardo Martí Fluxá y Pedro Arriola– se reúne el 19 de mayo de 1999 en Zúrich con los dirigentes de la banda Mikel Albisu, ‘Antza’, y Belén González. La banda condiciona la paz al reconocimiento del derecho de autodeterminación y los envíos de Aznar rechazan cualquier concesión política.

Fotografía velada

La organización suspende los contactos con el Gobierno por «filtrarlos» y por «quemar» al mediador, el obispo Juan María Uriarte. ETA se reúne en verano con responsables del PNV y EA y plantea unas exigencias «inviabiles»: elecciones inmediatas en los ‘herrialdes’ para formar un Parlamento de Euskal Herria y elaborar una «Constitución soberana». Ambos partidos califican la propuesta de utópica y la banda sugiere que si no se pisa el acelerador de

la construcción nacional la tregua puede romperse.

La fotografía de Lizarra había empezado a velarse y perdió su nitidez de manera definitiva cuando la organización anunció a finales de noviembre que desde el 3 de diciembre sus comandos volían a estar operativos. «En realidad ETA había estado rearmándose», recuerda Ramón Jáuregui. La primera víctima mortal después de la tregua fue el militar Pedro Antonio Blanco, asesinado el 21 de enero con una bomba en Madrid.

Un mes después los terroristas acabaron con la vida del dirigente socialista Fernando Buesa y su escolta Jorge Díez en Vitoria, un atentado que convulsionó a una sociedad vasca frustrada y superada por la violencia. La unidad frente a aquel crimen fue imposible, con la ciudadanía desorientada y fracturada en dos bloques. Las dos manifestaciones simultáneas que recorrieron las calles de la capital alavesa días después de los asesinatos, una en apoyo de Ibarretxe y la otra de duelo por Buesa y su escolta, dibujaron la imagen de la desunión.

Javier Madrazo
Ezker Batua

«Fue la pista de aterrizaje para la tregua de ETA»

Javier Madrazo, dirigente de EB hace dos décadas, vivió en primera persona la cónica y posterior firma del Pacto de Lizarra, un documento «en favor del diálogo» que también sirvió de «pista de aterrizaje» para la declaración de la tregua indefinida por parte de ETA, que duró catorce meses. Madrazo considera que el acuerdo llegó a un punto muerto porque la izquierda abertzale «aun no había madurado lo suficiente».



Jaime Mayor Oreja
Partido Popular

«Un hito histórico porque el PNV abrazó la ruptura»

Jaime Mayor Oreja dirige el Ministerio del Interior en el Gobierno de José María Aznar cuando se firmó el Pacto de Lizarra. Fue un «hito histórico», asegura, porque surgió de un acuerdo entre el PNV y ETA en favor de la autodeterminación. «Tú (en alusión a la banda terrorista) dejas de matar y yo (la formación jeltzale) abrazo la ruptura», resume quien fuera la principal referencia del Partido Popular en el País Vasco. A su juicio, los peneuvistas recibían del Acuerdo de Ajuria



Enea y por eso se metieron de lleno en el proceso que condujo posteriormente a Lizarra. Recuerda Mayor Oreja que, meses antes de aquello, los nacionalistas acudieron en los primeros momentos a todos los actos y manifestaciones tras el asesinato del concejal del PP Miguel Ángel Blanco, pero que después «sufrieron» con el Espíritu de Ermua. «El PNV creía que el final de ETA era el final del nacionalismo», subraya. A pesar del recelo que despertó Lizarra en el Ejecutivo de Aznar, el presidente, evoca Mayor Oreja, entendió que había que hacer algún movimiento para certificar el verdadero alcance de la tregua y su «significado». Aquel Ejecutivo también aprobó el acercamiento de un centenar de presos.

Ramón Jáuregui
PSE

«Un gravísimo error y un momento muy triste»

Ramón Jáuregui considera que el Pacto de Lizarra fue un «gravísimo error» y uno de los momentos «más tristes» de la historia en la lucha contra ETA. El europarlamentario socialista sostiene que en su fase embrionaria se encuentra la ruptura del Acuerdo de Ajuria Enea después de más de una década de funcionamiento y la apuesta del PNV, al que se unió Eusko Alkartasuna, de buscar «una paz con precio político». La banda terrorista, explica, decretaba un alto el



fuego indefinido y, a cambio, los jeltzales y EA sumaban sus fuerzas a la izquierda abertzale para profundizar en el camino hacia la independencia. «¿A qué responde Lizarra? El PNV quería convertirse en el partido que trajera la paz y, al mismo tiempo, buscaba la cristalización del proceso abertzale», argumenta una de las voces históricas del socialismo vasco. «Pero ETA les engañó», proclama contundente. Jáuregui recuerda que después se demostró que la organización se había «rearmado» durante los meses que duró el alto el fuego. Y también evoca que el asesinato de Fernando Buesa en febrero de 2000 abrió un periodo de acoso y persecución a socialistas y populares por parte de los violentos.